

Preparando el Sínodo de la Familia

Lluís Oviedo Torró, OFM

Profesor en la Facultad de Teología del Antonianum (Roma)
E-mail: loviedo@autonianum.en

Recibido: 20 de julio de 2014
Aceptado: 22 de agosto de 2014

RESUMEN: La atención a las familias está en el centro del programa católico desde hace varias décadas. La celebración del próximo sínodo dedicado a la familia podría servir para reforzar dicho motivo o para revisar y ampliar perspectivas; de hecho se perciben algunas aperturas. Este artículo plantea una primera contextualización de la situación actual, reseñando tres títulos recientes, para pasar a una descripción del documento preparatorio y del *Instrumentum laboris*, que recoge opiniones de toda la Iglesia. También el ensayo del Cardenal Kasper, *El evangelio de la familia*, plantea cuestiones de interés, en especial sobre la admisión a los sacramentos de personas divorciadas y vueltas a casar. Resulta un panorama plural y diferenciado sobre los problemas reales que afectan a las familias, que en zonas occidentales se asocian sobre todo a los procesos de secularización.

PALABRAS CLAVE: familia, secularización, sociología de la religión, matrimonio, divorcios, sacramentos.

La Iglesia católica ha reconocido en las últimas décadas una gran importancia a la familia. Junto al tema de la vida, se han convertido en puntos centrales de su ideario y han sido los dos grandes motivos de movilización de los católicos. Ahora, con el cambio que ha supuesto la elección del papa Francisco, nos preguntamos muchos si la convocatoria del próximo sínodo de los obispos, que tendrá lugar en Roma entre el 5 y el 19 de octubre de este año, implica alguna novedad o si se trata de reafirmar las

orientaciones de siempre, lo que ya se sabe y ha constituido casi un bastión o un punto de fuerza de la identidad católica. Hay que tener en cuenta que en una etapa reciente el magisterio hablaba de principios o verdades «no negociables», sobre todo en relación con estos temas.

Algunos indicios hacen pensar que se busca un «reajuste» o una adecuación a tiempos y circunstancias bastante distintos y que reclaman un cambio de mentalidad

y medidas mucho más realistas, o menos contraproducentes. El indicio principal se deduce del mismo magisterio del papa Francisco, quien en muchas ocasiones se ha expresado en términos que aluden a la necesidad de superar formas demasiado rígidas; de asumir una actitud más comprensiva, misericordiosa y acogedora; y de dar pasos para acercarse a aquellos que se encuentran más alejados, en lugar de persistir en temas y estrategias que han auto-marginado a la Iglesia y la han vuelto cada vez más insignificante en los ambientes occidentales. Su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* contiene muchas referencias en ese sentido. La cuestión es ahora cómo se aplicarán dichos principios al ámbito de la familia, lo que puede resultar un test sobre las posibilidades de renovación o de acercamiento a sensibilidades menos «tradicionalmente católicas».

Otros indicios hay que buscarlos en el método de preparación del sínodo: una extensa encuesta ha sido enviada a todas las diócesis y otras entidades eclesiales con el fin de recabar opiniones y datos que permitan tomar las decisiones más adecuadas. También en este punto se refleja la nueva mentalidad en la etapa del papa Francisco: es importante escuchar muchas voces y delegar una bue-

na parte del esfuerzo de evangelización a cada iglesia y cultura local. La reciente publicación del *Instrumentum laboris* que recoge y organiza las respuestas revela un inusitado pluralismo.

Por último la reciente publicación del libro del cardenal Walter Kasper *El evangelio de la familia* constituye un hito de gran interés que plantea de forma audaz y muy realista las mismas cuestiones, al tiempo de hacer propuestas de gran alcance y que podrían abrirse camino hacia el próximo sínodo.

En estas breves páginas se intentará sondear el ambiente de preparación del Sínodo de la familia a partir de tres claves: un repaso del contexto que conduce a esta asamblea eclesial; el documento de preparación y las respuestas al cuestionario; y el texto de Kasper con sus análisis y propuestas. Para el repaso del contexto es preciso referirse a tres libros recientes que reflejan de forma crítica las estrechas relaciones entre familia y religión, o bien con el mundo católico. Ciertamente cabría hacer un repaso sobre el magisterio del papa Francisco en relación con la familia, un tema insistente en su predicación. Seguramente ese magisterio determinará las orientaciones del Sínodo, pero es tarea que sobrepasa mis objetivos.

1. Un poco de contexto: familia y catolicismo

La relación entre familia y actitudes religiosas ha sido bastante estudiada en los últimos años, dando lugar a lo que cabría llamar un «movimiento» o incluso un «paradigma» en el estudio de la religión y de su crisis, es decir del complejo fenómeno de la secularización. Aunque pueden ser citados muchos títulos a ese respecto, es bueno fijarse en tres en particular: Eric Kaufmann (2011), *Shall the Religious Inherit the Earth?: Demography and politics in the Twenty-First Century (¿Herederán la tierra los religiosos? Demografía y política en el siglo XXI)*; Isacco Turina (2012), *Chiesa e biopolitica. Il discorso cattolico su famiglia, sessualità e vita umana da Pio XI a Benedetto XVI*; y Mary Eberstadt (2013), *How the West really Lost God: A New Theory of Secularization (Cómo perdió occidente a Dios: una nueva teoría de la secularización)*.

Los tres libros giran en torno al mismo tema, aunque declinándolo de forma propia: las dinámicas religiosas son inseparables de las familiares, y por consiguiente los procesos de crisis y de vitalidad en el ámbito religioso reflejan movimientos muy similares en la esfera familiar, de tal modo que puede afirmarse una fuerte co-

relación o incluso una forma de afinidad entre ambos. Cada uno de estos estudios lee dicha correlación de forma específica. Por ejemplo, Kaufmann insiste más en las dimensiones demográficas. Sus estudios empíricos aportan evidencia sobre los altos niveles de fertilidad que se observan en las personas más religiosas, o de mayor compromiso en un movimiento religioso; y de forma similar, cómo las zonas más secularizadas suelen reflejar niveles más bajos de natalidad. La conclusión es que, si siguen dichas tendencias, el «futuro de la tierra» estará en manos de los religiosos, y por tanto dejará de ser secular, por el simple motivo que las poblaciones más secularizadas no logran aportar bastantes hijos para «hacerse cargo» de una sociedad tras varias generaciones.

El factor demográfico es importante aunque no el único. El sociólogo italiano Isacco Turina ha seguido un argumento parecido en su ensayo sobre el catolicismo y la progresiva implicación del Magisterio de la Iglesia en cuestiones de la familia y la reproducción. Siguiendo un tema acuñado por el filósofo crítico Michael Foucault ya en los años setenta, Turina habla de «biopolítica» para referirse a un conjunto de estrategias que se ponen en marcha para contro-

lar mejor la demografía, a causa de su fuerte impacto en toda entidad social y política.

Ciertamente la Iglesia ha incrementado su interés e intervenciones en los asuntos de la familia y la natalidad; sin embargo la lectura de Turina se hace en clave de sospecha, de buscar motivos ocultos o intereses recónditos, que en todo caso –cuando se desvelan– ponen en evidencia una voluntad de poder y control para el propio beneficio. El argumento principal es que el interés de la Iglesia en la protección de la familia y en la promoción de la natalidad es que en tiempos de crisis religiosa, ese es uno de los pocos «activos» que cabe explotar para mantener el peso e influencia de la Iglesia católica, que de otro modo se diluye por motivos demográficos. La continuidad familiar de la fe sería uno de los pocos factores que podría asegurar el crecimiento, o al menos la subsistencia, de la comunidad eclesial. Esta tendencia conduce a una práctica asimilación entre la Iglesia y la familia, pues ambas realidades comparten intereses, retos y preocupaciones. Para Turina la estrategia de la Iglesia católica en clave «biopolítica» funciona a cuatro niveles: procurar nuevos fieles; reclutar vocaciones clericales; afirmar la identidad católica; y competir con otros centros de poder.

Las tesis de Turina son un tanto polémicas, pero ayudan a la reflexión, gracias a su «mirada externa», que debería ser bienvenida sobre todo por parte de los teólogos. En general es justa la reconstrucción del creciente interés de la Iglesia católica durante el siglo xx por las cuestiones de la familia y la reproducción. El problema es la valoración de dichas opciones. El sesgo en este libro es claramente negativo. La pregunta es más bien si dichas prácticas o implicación de la Iglesia pueden ser leídas en clave más «caritativa», como decía el filósofo americano Davidson, o en clave positiva, y no sólo de sospecha y crítica. De hecho, cuando se perciben las fuertes crisis que atraviesa el mundo de la familia, su gran inestabilidad y precariedad, el que una instancia promueva formas de apoyo y ánimo debería ser saludado como algo positivo, y no sólo a partir de intereses ocultos y particulares.

El tercer título de la socióloga americana Eberstadt, es bastante claro en su tesis: la secularización es más bien consecuencia de la crisis de las familias. De hecho, cuando estas se vuelven menos estables e incapaces de transmitir valores, cabe esperar que las nuevas generaciones se alejen de las iglesias, pues la familia ha sido la fuente primaria de socialización

religiosa. En ese sentido parece que hay una convergencia con la tesis de Turina, pero desde una perspectiva más positiva para la fe: si la secularización es provocada por la crisis familiar, entonces es justo que las entidades religiosas inviertan en, y se preocupen por, las familias.

El vínculo entre religión y familia está más que demostrado; lo que no está claro es de qué forma se pueda superar tanto la crisis de una esfera como de la otra. Es cierto que la fe está muy ligada a la calidad de la vida familiar; pero no es fácil encontrar fórmulas que permitan superar los déficits que hoy se observan en cada una de esas dimensiones, y que parece se retro-alimentan.

2. El sínodo en el documento preparatorio y en las respuestas al cuestionario

El documento preparatorio del sínodo se titula «Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización»¹. Inicia con un repaso de los retos con que se enfrenta la realidad de la familia y el programa de la Igle-

sia de evangelizarla. La lista de «problemáticas» es larga e incluye factores típicamente occidentales, como los matrimonios gays o el ‘feminismo hostil’; y otros de áreas culturales diversas, como la poligamia, las castas, o el sistema de dotes para adquisición de mujeres. Además está el problema de los hijos que crecen en un ambiente en el que sus padres no tienen acceso a los sacramentos, todo ello en un ambiente en que la misericordia debería asumir el papel central.

El documento prosigue refiriéndose al *Evangelio de la familia* en el sentido de proponer la buena noticia del amor divino a quienes viven esa realidad. Los puntos siguientes recuerdan las enseñanzas esenciales sobre la familia en el plan creador y redentor de Dios. Los últimos párrafos ofrecen una síntesis de las principales enseñanzas sobre el matrimonio y la familia, en especial a partir del Vaticano II hasta las más recientes del papa Francisco, quien reivindica la calidad del amor conyugal y la fuerza de la gracia para llevar adelante ese proyecto de amor más allá de nuestras debilidades.

El cuestionario comprendía nueve puntos generales, subdivididos en preguntas, treinta y nueve en total. Se trata de un cuestionario abierto, de tipo cualitativo, que

¹ El documento y el cuestionario pueden consultarse en: http://www.familiam.org/pcpf/allegati/5721/Documento_e_Questionario_SPA.pdf

permite respuestas flexibles². Las respuestas al cuestionario han sido publicadas a inicios del mes de julio³, bajo el título que caracteriza ese sínodo: *Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización: Instrumentum laboris*. El panorama que presenta es plural y complejo; refleja realidades y preocupaciones de distintas zonas geográficas y culturales, con problemas específicos según los casos. El texto sigue el esquema del cuestionario y trata de reproducir fielmente las respuestas llegadas a la comisión preparatoria.

En un intento de sintetizar los puntos de mayor interés, señalaría:

- La fuerte crisis del modelo teológico fundado en la «ley natural», crisis no sólo de sus bases filosóficas o por su conflicto con la ciencia, sino más profunda, cultural, y que alcanza a los mismos católicos.
- El poco conocimiento de los documentos del Magisterio res-

pecto de la familia y la sexualidad; en ocasiones más que ignorancia se trata de un distanciamiento consciente.

- La constatación de un cierto «deseo de familia» en algunos sectores, incluso jóvenes, más allá de una actitud nostálgica.
- La insatisfacción ante los modelos actuales de preparación al matrimonio y la familia y la propuesta de vías alternativas.
- Una rica y completa lista de retos que sufre la propuesta católica de familia, según zonas y culturas, acompañada de sugerencias varias.
- El capítulo de «situaciones difíciles» presenta una lista larga y completa, que incluye todas las tipologías o alternativas al marco institucional cristiano.
- La apertura hacia soluciones para favorecer la integración eclesial de personas en situación irregular; la simplificación de los procesos canónicos de nulidad; el acceso a los sacramentos; y la atención pastoral a las uniones del mismo sexo.
- Las dificultades que se observan ante la apertura a la vida, y la práctica superación de la doctrina católica tradicional, al

² Editorial de *Razon y fe*, «Encuesta sinodal sobre la familia: realidad y deseos», tomo 268, n.º 1.381, noviembre de 2013, 329-334.

³ Se puede acceder al texto completo en español en: http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20140626_instrumentum-laboris-familia_sp.html

tiempo que se insiste en recuperar la *Humanae vitae*.

- La preocupación ante el desafío educativo en el seno de las familias en las actuales condiciones.

La impresión general es que se trata de un excelente trabajo de síntesis que transmite una visión realista de las diversas sensibilidades presentes en las bases de la Iglesia católica. Ciertamente el trabajo podría haberse facilitado con un cuestionario mixto que incluyese preguntas cuantitativas con respuestas escalables de varios grados de aceptación o rechazo. En la formulación actual es difícil hacer las cuentas con las proporciones de diócesis o Conferencias que asumen una posición u otra; quizás se quería evitar una percepción de «mayorías» y «minorías» respecto de cuestiones tan delicadas. Por otro lado, el hecho de contar con un panorama internacional tan complejo y matizado vuelve difícil adoptar orientaciones claras. De todos modos el panorama presentado debería dar un tono más realista a los trabajos del Sínodo. Es –que yo sepa– la primera vez que se adopta este método, y confío en que ayude a conectar más las decisiones magisteriales

con la realidad expresada en este proceso.

3. El debate en torno a la publicación del libro de Kasper *El Evangelio de la vida*

Quizás uno de los elementos que más han influido en esta etapa de preparación del sínodo sobre la familia ha sido la publicación del breve ensayo del cardenal Walter Kasper, *El evangelio de la familia*⁴. Aunque se discute sobre las intenciones de este cardenal –Prefecto por algunos años de la Congregación para la Unidad de los Cristianos– sin duda alguna sus análisis y propuestas suponen una fuerte sacudida dentro de un ambiente –el Vaticano– donde suele reinar la calma y la repetición de lo mismo. Tal libro recoge la ponencia que pronunció ante el Consistorio de los cardenales el pasado mes de febrero, por encargo del papa Francisco.

Es injusto centrar el documento de Kasper en su novedosa propuesta para acercar a las personas en situación canónicamente irregular a los sacramentos. De hecho se trata

⁴ Walter Kasper, *El evangelio de la familia*, Sal Terrae, Santander 2014, 104 pp.

sólo del último de sus cinco capítulos. El texto reivindica repetidamente la tradición de indisolubilidad del matrimonio al tiempo que explora vías alternativas ante las difíciles situaciones que se viven desde hace años a causa del incremento de rupturas matrimoniales. Da la impresión de que Kasper propone una revisión que tiene en cuenta la necesidad de mantener el equilibrio entre los extremos del rigorismo y del laxismo, una postura muy «católica» y afirmada en la historia de la teología. El problema es que dichos extremos se han movido, y que en el curso de los últimos decenios, la posición de equilibrio se desplaza necesariamente hacia formas menos rigoristas, más inclusivas y que pongan de manifiesto el principio de misericordia por encima del de legalidad.

El librito de Kasper propone algunas soluciones ante el problema evidente que supone la negación del acceso a los sacramentos a las personas en situación irregular. La primera «situación» –como dice el texto– consiste en una ampliación de los criterios y de la praxis para la concesión de las anulaciones matrimoniales. Se invoca la necesidad de un tratamiento más en clave pastoral, pero se observan muchas dificultades en la vía jurídica. Kasper aprovecha para arre-

meter contra una praxis jurídica en la que «se decide del bien y del mal de las personas en segunda y tercera instancia sólo sobre la base de actas, es decir, de “papeles”, sin conocer a la persona y su propia situación» (p. 46).

La segunda «situación» va más allá del ámbito jurídico, para distinguir entre «comunidad sacramental» y «comunidad espiritual», lo que de nuevo plantea una solución poco satisfactoria. Invocando la vía del equilibrio entre extremos, Kasper se pregunta si cuando se cumplen una serie de condiciones, habría que admitir a los divorciados a los sacramentos. Dichas condiciones son: arrepentimiento ante el fracaso; exclusión de un retorno al primer matrimonio; el riesgo que supondría romper con la nueva relación; la vivencia en la fe dentro del segundo matrimonio; y el deseo de los sacramentos como estímulo en esa nueva situación. Todo ello debería estar enmarcado en un espíritu de conversión sincera. Kasper reconoce que esta vía no sería una apertura general sino reservada a los pocos casos en los que se dan dichas condiciones. Por otro lado, su intento es evitar daños mayores, como los que sufren los hijos y nietos de esas parejas en nueva situación, al no poder compartir con los padres

un acercamiento a los sacramentos. El rigorismo en ese caso sería claramente contraproducente. Lo que cuenta –en los comentarios en el apéndice del libro– son las situaciones concretas, en las que es mejor buscar un nuevo padre o madre cuando dicha figura se ha alejado o ha emprendido una nueva vida. Todo ello dentro de una perspectiva que hace efectivo el mensaje cristiano del perdón como posibilidad de reconstrucción de vidas rotas.

Tras exponer de forma sintética los puntos más polémicos de la propuesta de Kasper, se pueden aventurar algunos análisis. Ante todo la contestación tiene que ver con dos cuestiones. La primera es hasta qué punto la nueva praxis que Kasper propone supondría una revisión efectiva de la doctrina cristiana de la indisolubilidad del matrimonio. En este punto los críticos observan que en la práctica la solución propuesta podría casi «bendecir» el divorcio, cuya validez se colaría por la puerta de atrás de una supuesta invitación a la misericordia. La segunda tiene que ver con la actual práctica jurídica, que es puesta en evidencia en varias ocasiones por parte de Kasper. No se trata sólo de la despersonalización del proceso en segunda y tercera instancia, ya señalada, sino también de la espinosa cuestión de

la fe como requisito para la validez del matrimonio sacramental, algo que Kasper defiende contra lo que ha sido la costumbre jurídica, que no ha exigido la fe como condición esencial. No es de extrañar que parte de la oposición a la propuesta de Kasper provenga del sector de los canonistas. Poniéndonos en su piel, está claro que dicha solución debilita en buena medida el casi monopolio jurídico de la gestión de las situaciones irregulares, y vuelve la causa de la nulidad menos imperativa o conveniente. Digamos que si una persona se encontrase en la situación de querer rehacer su vida afectiva tras un fracaso matrimonial, no tendría porque buscar la vía de la anulación, larga y costosa, para vivir un nuevo matrimonio –esta vez civil– que, de todos modos, no cerraría el acceso a la vida plena de la Iglesia.

Desde mi punto de vista surgen en todo este asunto diversas cuestiones que me parecen un tanto descuidadas en el debate en curso. Una primera concierne la realidad numérica de los casos aludidos; la segunda es más general y plantea la necesidad de tomar en serio los nuevos contextos del ámbito de las relaciones afectivas y de los marcos familiares en zonas occidentales.

La primera cuestión es bastante sencilla y tiene que ver con el

número efectivo de casos que se encuentran en la situación que preocupa al cardenal Kasper. Ante todo, las cifras de asistencia a celebraciones religiosas en los países occidentales son más bien desalentadoras: siempre por debajo del 10% de las personas encuestadas frecuentan celebraciones al menos una vez a la semana en la mayor parte de los países europeos. Si se tiene en cuenta que un buen número de dichas personas son mayores, y que el segmento de quienes son divorciados vueltos a casar se sitúa entre las edades jóvenes-medias, cabe pensar que no será más de un 2% de los que pertenecen a dicho sector, quienes sentirán la necesidad de acercarse a los sacramentos después de un fracaso matrimonial. Da la impresión, de hecho, que se da importancia a una realidad que en el ambiente muy secularizado de las sociedades occidentales representa un fragmento mínimo.

De todos modos no sería justo despreocuparse de dicho «fragmento» de población católica, que sin duda merece atención y que, siendo tan pequeño, no creo que ponga en cuestión los fundamentos de la praxis cristiana de la indisolubilidad. Dichos fundamentos sí que se conmueven ante otros factores que aparecen en el fino análisis de Kasper, pero deberían pasar más

al centro del debate, que ha sido demasiado condicionado y por una cuestión quizás secundaria. Me refiero a los problemas asociados a la actual praxis matrimonial y su declive real.

Con los últimos apuntes entramos en la segunda cuestión que planteaba, y que puede ser desglosada en dos partes. Ante todo la praxis de preparación y celebración del matrimonio adolece desde hace décadas de una falta de atención al contexto secularizado en que vivimos en las sociedades occidentales y que vuelve este sacramento algo casi irreal en muchos casos, cuando los esposos provienen de un ambiente muy poco cristiano. Este punto también aparece claramente en el *Instrumentum*. Quienes hemos celebrado bastantes bodas constatamos que muchas de las parejas que se acercan al altar llegan con escasa preparación y casi nulo contacto con la eucaristía. Aparte del «cursillo prematrimonial», que debería ser ante todo una catequesis de adultos, tipo «curso Alpha», convendría que las parejas, durante el mes antes de casarse, frecuentaran la misa todos los domingos, también para conocer y ser reconocidos por la comunidad, y para familiarizarse con unos ritos, que a menudo ignoran. La situación de estos años

ha trivializado en buena medida el sacramento del matrimonio, que se ha convertido en muchos casos en un «evento» con mucha prosopopeya, y poco contenido cristiano.

Claro que todo lo apenas señalado puede resultar irrelevante ante la otra tendencia que domina en el ambiente, y también destacada en el *Instrumentum*: el completo alejamiento o extrañeza de muchas parejas respecto del matrimonio, religioso o civil, y la práctica cada vez más habitual de las uniones de hecho, que a menudo pueden también desembocar en una forma de familia, que se instituye de forma práctica a partir del necesario reconocimiento legal de los hijos.

Se corre el riesgo ante el próximo Sínodo de hacer mucho ruido con el tema de los divorciados re-casados, cuando ese es un problema menor, y cada vez menos actual, sobre todo si sigue afirmándose la tendencia descrita: no habrá ni divorciados ni re-casados, sencillamente porque cada vez habrá menos matrimonios, y por consiguiente menos divorcios, y menos nuevas nupcias. Aquí se cumple claramente el axioma que enunciaban los tres libros reseñados al inicio de este artículo: si disminuye el nivel religioso en una sociedad cabe esperar una fuerte reducción

del número de los matrimonios y una caída de la natalidad.

El problema ahora es cómo afrontar desde el punto de vista pastoral esta realidad que claramente desborda el marco socio-cultural al que estábamos acostumbrados. Parece que en el fondo el problema es –una vez más– hacer las cuentas con la secularización y los grandes desajustes que ha provocado, y que a muchos les pillan de sorpresa. Seguramente hay varias opciones. Una es concentrar la atención en las pocas parejas que todavía desean casarse por la Iglesia. Dado que el ambiente ya no favorece por simple tradición o conveniencia familiar el matrimonio cristiano, cabe esperar que las parejas que optan por dicha forma estén más sinceramente convencidas de su valor y significado, lo que habría que recalcar en la catequesis y en la celebración.

De todos modos queda pendiente la cuestión de «los otros», los que viven sus relaciones de pareja sin ninguna formalización legal y que incluso tienen hijos. Ciertamente habría que preparar una forma de evangelización que tenga en cuenta su situación y que reivindique ante todo el valor de la fe, para después hacer propuestas sobre la forma eclesial de la familia. Conviene asumir una actitud más consciente en la praxis matrimo-

nial de quienes deciden, después de años de convivencia –como ocurre en la mayor parte de los casos– contraer matrimonio eclesial. En ese sentido se requiere una especie de camino que prepare a esa nueva situación.

De todos modos creo que el reto principal lo tenemos los teólogos, quienes deberíamos esforzarnos por desarrollar argumentos razonables sobre la utilidad y credibilidad de la fe, y sobre el valor

práctico de la propuesta familiar cristiana, tan desprestigiada en los últimos años. Ahora toca convencer a una nueva generación de que la fe cristiana es útil y positiva para dar plenitud a una vida; y que en ese marco, formar una familia bendecida sacramentalmente es una opción buena y justa, algo que ha dejado de ser obvio, y que debe plantearse ahora en medio de otras muchas opciones con sentido. ■